



Nº 11

**Diciembre
2010**

contacto@punto38.es

El material contenido en este número está debidamente protegido conforme a la legislación internacional y no puede reproducirse sin el permiso expreso de los autores

D. L. Z-2498-08

Sumario

Abriendo fuego

#3. *Los Angeles (parte 1)*, por Jokin Ibáñez

#6. *El Turco*, de Alexis Ravelo

El interrogatorio de .38

#12. Dominique Manotti

Reseñas

#16. *Las muertas*, de Jorge Ibarzüengoitia, por Alexis Ravelo

#17. *Esta noche digo adiós*, de Michael Koryta, por Carlos Zanón

#18. *Un rastro de sirena*, de José Luis Correa, por Javier Rivero Grandoso

#19. *Calle de la Intranquilidad*, de Julián Ibáñez, por Jokin Ibáñez

#21. *Nueve dragones*, de Michael Connelly, por Jokin Ibáñez

#22. *1974*, de David Peace, por Luis Datas

La recámara

#24. Chivatazos

#25. Novedades editoriales

#31. Cine en 16:9

#33. Para mi churri, que me estará escuchando desde el talego

#35. Perlas ensangrentadas

#37. Matarratos y Matarratas

#39. La última bala: Recordando a... Ngaio Marsh



**La Banda del .38 está
integrada por:**

**Ricardo Bosque
Paco Camarasa
José Andrés Espelt
Sergio Galindo
Jokin Ibáñez**

**.38, el calibre recomendado por nueve de cada diez pistoleros a la
hora organizar una buena balacera**



Siempre quise ir a L.A.
Dejar un día esta ciudad.
Cruzar el mar en tu compañía.

(Sabino Méndez)

Teníamos vuelo directo a Chicago. La ciudad de Al Capone y del blues urbano llamaba a mi puerta desde muy niño, pero la visita fue visita de médico, porque nos habíamos propuesto un recorrido literario yanki y la ciudad de Los Angeles estaba demasiado lejos aún.

Pensábamos alquilar un vehículo y recorrer la antigua ruta 66, de la mano de Kerouac y de su *En el camino* (también llevábamos, por si acaso, la nueva edición *En la carretera*). Buscamos y rebuscamos hasta hallar lo que más queríamos: un Cadillac convertible de la Serie 62, del año 1947, de color marrón claro, con tapizado en cuero azul añil eléctrico, aunque con ruedas sin franja blanca. Buaff!! Algo caro, pero no repararíamos en gastos. Además, lo podíamos dejar en la agencia de Los Angeles antes de embarcarnos de nuevo para casa.

Dimos un par de rodeos, abandonando la carretera madre para llegarnos a la reserva navajo a saludar a Jim Chee y, más tarde, subir hasta Frisco, en busca de un tipo que no tenía nombre.



De esta forma, una mañana llegamos a Los Angeles huyendo de la bruma que bañaba la bahía de San Francisco. Al igual que los pioneros de Hollywood, a principios del XX, buscábamos la luz. Y llevábamos en las alforjas, como guías para la ciudad prometida, una colección de novelas de Raymond Chandler, Ross Macdonald, Michael Connelly y un par de colegas más.

Nuestra educación sentimental dentro del género negro tiene muy presente L.A. Novelas y películas convergen en un Humphrey Bogart interpretando a un Marlowe con gabardina y pasado por agua, porque en Los Angeles también llueve, aunque solamente 35 días al año para



que después, y mucho, brille el sol.

La lluvia llenaba las cunetas, y en el pavimento salpicaba hasta la altura de la rodilla. Corpulentos policías, protegidos por impermeables relucientes, se divertían de lo lindo cruzando en brazos, a través, los sitios en que los charcos eran mayores, a algunas muchachas que reían alborozadas.

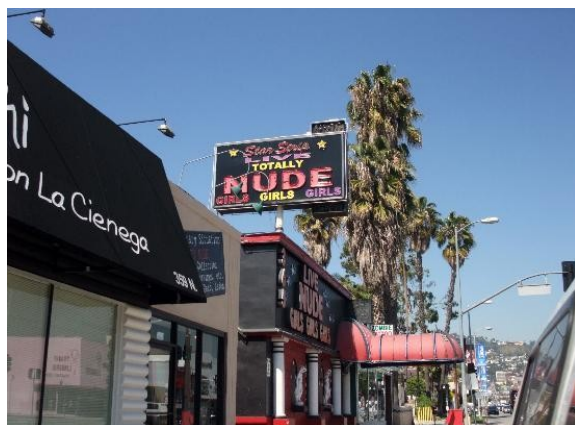
El sueño eterno. Raymond Chandler

Raymond Chandler, heredero literario de Hammett, traslada a su personaje, Marlowe a vivir a nuestra ciudad de Los Angeles desde su Santa Rosa natal (de Marlowe, no de Chandler), al norte de San Francisco, marcando en nuestro subconsciente el peso de la urbe en el género, un género marcadamente urbanita.

Y así, desde el principio de su primera novela, de su primera aparición bajo este nombre, porque tuvo varios, deberemos acostumbrarnos a manejar callejeros para movernos de un lado a otro.

...Iba dirigido al general Guy Sternwood, 3765 Alta Brea Crescent, West Hollywood, California.

El sueño eterno. Raymond Chandler



Por eso, de esta forma, rápidamente nos acostumbramos al entorno angelino. Nombres como Burbank, Pasadena, Glendale, Pico Rivera y muchos más se unen al más conocido de Beverly Hills.

Y junto a los edificios de oficinas, hermosas residencias algo apartadas, parques y jardines, nos vamos a encontrar en los bares. Lugares donde departir con amistades y donde aprendimos a saborear gimlets. Y a usar continuamente el coche para movernos.

Fuimos al bar Victor. Me llevó en un Jowett Jupiter de capota bastante precaria, bajo la cual sólo había el lugar justo para nosotros dos.

El largo adiós. Raymond Chandler

Pero a saborear de verdad.

Estábamos sentados en un rincón del bar Victor bebiendo gimlets.

—Aquí no saben prepararlo —dijo—. Lo que llaman gimlet no es más que jugo de lima o de limón con gin, una pizca de azúcar y licor de raíces amargas. El verdadero gimlet está hecho mitad de gin mitad de jugo de lima de Rose y nada más. Deja chiquito al Martini.

El largo adiós. Raymond Chandler



Philip Marlowe, detective privado y héroe personal, también privado, necesitaba un par de direcciones para parecer, al menos, creíble. Todo el mundo tiene un domicilio y un lugar de trabajo. Por ello, buscamos rápidamente el centro de la ciudad, para encontrar el edificio Cahuenga. Hay uno que se llama así en el 4621 Cahuenga Boulevard, pero no creo que ahí estuviera la oficina de nuestro héroe, porque no encontré por ningún lado la cafetería Mansion House, la “otra” oficina de Marlowe.

Volvimos a tomar el coche para recorrer las posibles direcciones de La Brea, Sunset y el distrito de Laurel Canyon donde pudiera estar alguno de sus sucesivos domicilios, pero ningún angelino pudo darnos datos de nuestro hombre. No debía de ser muy conocido, visto la gente con la que trataba, así que no me extrañó que dedicara su tiempo libre a leer y a jugar al ajedrez en la tranquilidad de su casa.

Por otro lado, tenía pensado buscar la oficina de Lew Archer, por Sunset Boulevard, por el Strip, subir a ella y, desde allí, mirar por la ventana en un día soleado. Ver la gente pasear. Me tuve, nos tuvimos que conformar con hacerlo desde la calle.

Archer me pareció siempre un hijo de Marlowe, menos cínico que él, pero versado en el arte de escuchar, mucho más psicológico en el arte de tratar a las personas. Últimamente me llegaron noticias de su verdadera identidad. Podría haber sido hijo de otro tal Archer, compañero de Spade. Creo que ambos estuvieron con la misma mujer, la madre de Lew.

Archer se movía no tanto por las calles de L.A., sino que andaba por la zona de Santa Teresa. Le gustaba perderse por las colinas.

Pero tardé más de lo previsto. Parque del Arroyo era un suburbio que desconocía. Giré equivocadamente y me perdí en medio de una serie de caminos laterales. Todas las calles parecían iguales y estaban bordeadas por casitas con techos bajos. Eran grises y blancas, tenían adobes y se esparcían por las faldas de las colinas.

El caso Galton. Ross Macdonald

Yo también tardaba más de lo previsto en recorrer el itinerario previsto. Algo no funcionaba. No podía encontrar huellas de mi educación sentimental angelina. Verdad es que Macdonald y Chandler tenían ya varios años... Decidimos tomar de nuevo el coche para llegar hasta Woodrow Wilson Drive, y recorrerla de arriba abajo y al revés, en busca de una casa colgante capaz de resistir un terremoto y algún que otro tiroteo.

Jokin Ibáñez es un aficionado a la novela negra desde que fue detenido, durante el pasado siglo, en Sopelana (Bizkaia) por el Agente de la Continental, al que no quiso decir su nombre. Por ello, desde entonces se encuentra arrestado en el género negro y no puede salir.



Igual lo vas a entender mejor si te cuento lo del Turco. Por supuesto, el Turco no había estado en Turquía en su puta vida, ni su familia era de allí, ni nada por el estilo. Le decían el Turco porque tenía una cara que tiraba a lo africano, pero con una piel pálida del carajo o, más bien gris, como si tuviera una hepatitis mal curada; y a alguien, cuando él era joven, le dio por pensar que los turcos son así (a mí no me preguntes: yo no he visto turcos ni en el cine) y por llamarlo de esa manera y, claro, ya se sabe, los nombres son fáciles de poner y difíciles de quitar. Y, si no, que me lo digan a mí, que me dicen el Pocarropa porque una vez tuve que salir en pelotas por una ventana cuando el marido de una querida llegó antes de lo previsto. Por lo demás, el Turco era un tipo bien plantado, con unos ojos que brillaban como ascuas y una labia que hacía que a las pibas se les hiciese el chichi pepsicola en cuanto les había dicho dos tonterías. Había sido militar y se decía de él que tiraba de pistola, aunque, claro, esos eran los mismos que decían que yo me estaba forrando con el Maracaibo (ya te he contado alguna vez que yo, en el Maracaibo, sólo era el encargado; que el local era uno de los garitos del Mariano). O sea, que lo decían esos que hablan de oído y que ponen los nombres. El Turco era muy bueno planeando toda clase de asuntos y tenía sangre fría. Sabía hacer las cosas bien y nunca le falló ningún palo. Si el último le salió mal, no fue por su culpa, sino porque no se juntó con la gente adecuada.

Yo, al Turco, lo conocía del Maracaibo y de algún negocio que habíamos hecho. Siempre cosas pequeñas, como sacarle los cuartos a algún cliente esporádico. Yo hacía las fotos mientras el cliente estaba con la piba en la habitación y era el Turco el que averiguaba sus datos y le hacía la visita, con una copia de las fotos en una mano y el número de teléfono de la mujer del tipo en la otra. Casi siempre pagaban a la primera. Si no lo hacían, el Turco sacaba un móvil, marcaba el número y preguntaba por la señora de la casa. Entonces, el cliente se mostraba más colaborador y el Turco aprovechaba para cargarle un plus a la tarifa, por las molestias y para pagar la factura del teléfono.

Nunca tuve problemas con el Turco. Fíjate bien: él podría haberme mentido, decirme que el cliente había pagado a la primera. Pero jamás intentó pegármela. Vamos, que era un amigo. De pronto, un buen día, dejó de venir por el Maracaibo y yo me pasé un par de años sin verle. Todo el mundo supuso que se estaría comiendo algún marrón y, en esos casos, mejor no preguntar. La cosa es que, mientras tanto, desembarcó en el Maracaibo Judith. Puede que no se llamara Judith.



Puede que se llamara María del Pilar o Gertrudis. Pero con ese nombre se presentó la noche en que llegó pidiendo trabajo y yo nunca pongo en duda que las chicas de club siempre mienten, así que, ¿para qué pedirle que se comportara de otra forma? Le adiviné los diecinueve, el hijo pequeño en el barrio, al cuidado de la abuela, la despensa vacía y las manos cansadas de hacer pajas en los descampados. Era como tantas otras que habían entrado al local. De hecho, como la mayoría de las que trabajaban en el Maracaibo. Y, sin embargo, era distinta. Tenía estilo. Una de esas pibas que, aunque les pagues, parece que te están haciendo un favor. Y te hacen sentir así: hacen que sientas que eres un privilegiado, que has tenido suerte.

Triunfaba de tal manera que alguna de las otras llegó a ponerse celosa y una vez tuve que intervenir para que una de las colombianas no le sacara los ojos. Tuve que mandarla a otro local. A la colombiana. De Judith no me hubiera separado. Aunque, eso sí, tuve que mantener las distancias con ella, para que las otras no le fueran al Mariano con el cuento de los favoritismos y toda esa mierda. Yo sólo era el encargado y el Mariano, aunque fuera buen tipo, era duro de cojones: con él siempre convenía nadar y guardar la ropa. Pero, todo hay que decirlo, a mí, la Judith, me traía por la calle de la amargura; estaba encoñadísimo con ella y cada vez que subía con un cliente yo me cagaba en la madre que me parió.

Calculo que Judith debía de llevar ya un año en el Maracaibo cuando el Turco volvió a dejarse caer por allí. Menuda alegría, imagínate. Un amigo del alma que vuelve después de tanto tiempo. No me dijo qué había estado haciendo ni yo le pregunté. Pero no se le veía mal. Incluso tenía mejor color. Pensé que, más que en el trullo, debía de haber estado viajando o en otra ciudad o qué sé yo. Nos metimos en mi oficina con una botella de Whisky y un gramo recién estrenado y, después de meternos un tirito, pasó de gilipolleces y me contó a qué había venido. Por lo que me dijo, había dejado los negocios. Se había tirado ese par de años trabajando honradamente (esa fue la palabra que empleó, “honradamente”, me acuerdo como si fuera ahora), en una empresa de seguridad. Yo me reí al pensar en el Turco con un uniforme de segurita. Pero, por lo que me fue contando, no había tardado en ascender y ahora era asesor de seguridad y toda esa vaina. Básicamente, se dedicaba a ir a la casa del cliente y decirle dónde había que colocar un sensor, qué tipo de alarma o de caja fuerte había que poner. Yo no paraba de reírme mientras me lo contaba, porque aquello era como poner al zorro a cuidar a las gallinas y empecé a pensar que el Turco estaba allí porque quería volver a trabajar no tan honradamente. De esa misma forma se lo dije y él fue al tema enseguida.

Al parecer, el Turco necesitaba dinero. Mucho dinero. Y sabía cuál era el palo exacto que había



que dar. El primo de turno era un millonetis de la zona de los chalés que solía guardar un pastizal en la caja fuerte si el día primero de mes caía en lunes (pagos, nóminas, qué se yo; nunca me enteré bien de eso...). El Turco lo había chequeado bien. Tenía un equipo de seguridad de primera división (a que no adivinaba yo quién lo había instalado) y una caja empotrada en el suelo de su despacho (a que no adivinaba yo quién se la había vendido) y que no era de combinación, sino de llave (a que no sabía yo quién tenía una copia de la llave). Pintaba muy bien, pero yo no sabía para qué me quería a mí. Entonces fue él quien se rió. No me necesitaba a mí, exactamente. Cualquiera podía hacer lo que yo haría: esperar con el coche en marcha y cantar el agua si se daba el caso. Lo que le hacía falta era una piba. Una piba de confianza, con estilo, que supiera mantener la boca cerrada y necesitara dinero. Porque el problema era el siguiente: el Turco no tenía el código de la alarma, así que sólo podía entrar si el millonetis estaba en la casa. Alguien debía hacer algo que sólo podía hacerse desde dentro: distraer al millonetis mientras él hacía el trabajito. Era la única forma de hacerlo sin violencia. Al millonetis le gustaban mucho las pibas jóvenes, pero no era de los que pagan, por lo menos en metálico. Pero tampoco tenía querida fija. Esas acaban siempre buscándote un problema. Buscaba hembras en una discoteca de moda (siempre la misma) y las deslumbraba con las llaves del Audi y las fotos del yate. Todo esto cuando su mujer no estaba en la ciudad. Y su mujer se iba de crucero al día siguiente, hasta el día seis del mes entrante. Que, por cierto, era sábado. Después de decir esto, el Turco levantó el calendario de la mesa y me señaló el mes: Si el sábado es 6, el lunes es día primero. O sea, que el palo tiene que ser el sábado próximo. Una semana para prepararlo.

Empecé a verlo claro e incluso empecé a elegir a la chica. Judith, claro está. Ella era la única allí que tenía estilo y sabía mantener la boca cerrada. Además, era de confianza. En cuanto al dinero: ¿quién no necesita dinero?

Cuando presenté a Judith y al Turco se saludaron con tanta frialdad que creí que no se habían gustado. Pero el Turco me dio el visto bueno con un guiño y le ofreció a Judith un tanto alzado, después de explicarle de qué iba la cosa.

Judith era una chica lista. Le sacó al Turco algo más de lo previsto. Él le había ofrecido un tanto fijo, ella pidió un porcentaje y él le dijo que ni de coña. Ella, entonces, dobló el tanto alzado y él la mandó a la mierda. Ella le soltó que lo suyo era un porcentaje o, por lo menos, el doble de lo que le ofrecía y, que si no, se podía trajinar él mismo al millonetis. Él le dijo que a lo mejor él se lo hacía al millonetis mejor que ella, que no estaba dispuesto a pagar esa cantidad por algo que



no sabía si valía tanto. Y, ahí, ella va, y le dice: Si quieres probar, tengo un rato libre. Y eso fue lo que hizo el Turco. Probó.

Cuando bajaron del cuarto, yo me había metido ya media botella entre pecho y espalda y me sentía como un cornudo, aunque pusiera cara de póquer. Ahora que lo pienso, no sé bien por qué me sentía así. Judith no era nada mío. Ni siquiera le había puesto las manos encima una sola vez. Pero supongo que yo esperaba que algún día pasara algo entre ella y yo. En fin, no le puedo echar la culpa a ella, porque seguramente nunca se dio cuenta de que me tenía atontao. Tampoco se la puedo echar al Turco, que tampoco tenía ni idea de lo que me gustaba Judith. Pero cuando entró otra vez en mi despacho y me dijo que la chica valía aquello y bastante más, clavé las uñas de los dedos de los pies en la suela de los zapatos tan fuerte que casi rayo el piso.

La noche del palo, le di a Judith la noche libre y avisé a Mariano de que no volvería al Maracaibo hasta la madrugada, porque tenía un asunto. Yo no libraba nunca ni me tomaba vacaciones. Siempre estaba allí. Así que el Mariano nunca me negó unas horas libres cuando me hicieron falta. Simplemente, le dijo a Yoyo que me cubriera el turno y en paz.

Ya nos habíamos estudiado bien la lección. Todo estaba calculado al milímetro. Yo supe, aunque no me lo habían dicho, que ella y el Turco se habían estado viendo no sólo para preparar el golpe. Se notaba en la forma en que se hablaban, en la manera de rozarse al andar uno junto al otro, no sé, en un montón de cosas que no sé explicarte; pero esas cosas se notan. Y esta se notaba mucho.

Dejamos a Judith en la puerta de la discoteca, en traje de noche y con pinta de ir a darlo todo y mientras esperábamos a que nos avisara de que el individuo estaba en el bote, fuimos a embarrar las placas de matrícula del coche. Era el coche de Yoyo (de vez en cuando me lo prestaba), pero era mejor no correr riesgos, porque Yoyo no es que destacara precisamente por ser un tipo calladito. Estábamos allí, en un solar abandonado, echando tierra a la placa delantera, cuando el Turco me dijo que, después de ese business, a lo mejor se retiraba. Le pregunté si creía que íbamos a sacar tanto. Me miró con pinta de asombrado. Íbamos a sacar un pastizal. A lo mejor hasta yo podía retirarme. Entonces, añadió lo que me terminó de tocar los cojones. No sólo iba a retirarse él. También, si todo iba como debía, iba a retirar a Judith. Le dije que a lo mejor al Mariano no le gustaba la idea. Me contestó que él ya se arreglaría con Mariano, que hablando se entiende la gente, pero que había que ser muy gilipollas para dejar que se le escapara a uno de las manos una piba como Judith. Le solté que se estaba haciendo viejo, que se ablandaba y que



tenía que tener más cuidado, porque de una puta sólo puedes esperarte putadas. Sé que no me llevé una hostia porque justo en ese momento Judith lo llamó al móvil desde el baño de la discoteca.

Mientras íbamos hacia el chalé del millonetis, le pregunté si llevaba cacharra. El Turco me miró con los ojos como platos. Él no llevaba pistola. Nunca. Jamás de los jamases. Era la mejor forma de buscarse la ruina.

Vimos el coche del millonetis en la entrada principal, pero aparcamos en la entrada trasera. La ventana del dormitorio daba hacia allí. Esas cosas las había estudiado muy bien el Turco. Me dijo que no tardaría más de diez minutos, a no ser que se le resistiera la cerradura de la entrada. Salió del coche y saltó la tapia, sacando ya el estuche de las ganzúas.

Me fumé un cigarrito esperando, mirando a la calle desierta como el Maracaibo un domingo de fin de mes. El Turco debía de estar ya en el despacho, metiendo la guita en el saco que se había llevado doblado en el bolsillo del chándal. En la planta alta, Judith estaría dándole palique al millonetis, para que la cosa durara más. O a lo mejor ya había empezado y estaba sobre él, moviéndose muy lentamente, alargando el asunto.

Casi habían pasado diez minutos cuando salté la tapia y me colé en la casa por la puerta que el Turco había dejado entreabierta. Me había enseñado los planos, así que no me costó encontrar la puerta del despacho. Ya te dije que tenía la piel del color de un cenicero, pero cuando me vio en el despacho se puso verde. Me preguntó qué coño hacía allí y si pasaba algo. Yo no le contesté. Tomé uno de los almohadones del sofá y luego me fui hacia él. Pero lentamente, con tranquilidad, poniendo, eso sí, el almohadón entre él y yo. Me preguntó otra vez qué coño pasaba. Le sonreí. Te lo juro. Le sonreí, porque la cara de pardillo que se le había quedado casi me puso tierno y todo. Yo ya había sacado la pipa y, sin que él lo supiera, le estaba apuntando al pecho. Pasa que estás muerto, eso le dije. Fue lo último que oyó. Cayó hacia atrás, como un fardo. Le puse el cojín en la cara y volví a disparar un par de veces. Luego corrí para ponerme a un lado de la escalera. Ya oía los pasos del millonetis, bajando a toda mecha. Iba en pelotas, pero con una escopeta de esas de dos cañones superpuestos. Una escopeta de las caras, por cierto, de las que llevan labrados hasta en la cantonera. El tipo alcanzó la planta baja y fue hacia el despacho. No le dio tiempo ni de verme. Lo trinqué de perfil. El primer tiro le dio en el costado derecho. El segundo, en la garganta. No hizo falta más.

Cuando Judith bajó y vio el sangrerío y la muerte, se quedó tiesa, paralizada. La cabeza no le



daba para comprender por qué el millonetis estaba en el suelo, desangrándose, con convulsiones. Y mucho menos entendía por qué el pringao del Pocarrope estaba allí, a los pies de la escalera, apuntándole directamente a ella con una escopeta de caza.

En fin, para no cansarte: todo eso ocurrió hace mucho tiempo y en otro país, pero seguro que todavía hay algún madero preguntándose qué cojones fue exactamente lo que pasó, quién era el tercero del equipo, adónde fue a parar el dinero. Con ese dinero fue con el que me vine aquí y monté todo esto. Haciéndome el tonto, como siempre; haciéndole creer a todos los gilipollas como el Turco (o como tú) que les doy la espalda y me chupo el dedo. Que es fácil darme una puñalada en el riñón.

El caso es que al Turco lo jodí bien jodido y ahora lleva ya un par de años abonando el campo y aquí estoy yo, más vivo que nunca y contándote esto. Y eso, fíjate bien, fue con el Turco, que no lo hizo de malas, que ni siquiera se pensó que me estaba haciendo una faena, que ni se olió que me estaba robando a la hembra. Piensa, entonces, cómo vas a acabar tú, que intentaste joderme.

A lo mejor te estás preguntando por qué te lo cuento, por qué no acabo de una vez. Pues te lo digo rapidito: porque lo único que me revienta de todo aquello es que casi no me dio tiempo de explicarle nada al Turco ni a Judith; que se fueron para las chacaritas sin enterarse de qué cojones pasaba. Esta vez es distinto. Teníamos algo de tiempo. Por eso te he contado todo esto: para que entiendas cómo es que ahora andamos en éstas, para que sepas dónde metiste la pata. No fue cuando pensaste en jugármela, porque yo ya lo había previsto. Ni fue cuando dejaste que te pillara con el culo al aire. Fue, más bien, cuando pensaste que lo tenías todo controlado, cuando no pensaste que, en este tipo de asuntos, hay que saber juntarse con la gente adecuada, cuando no te diste cuenta que yo no lo soy.

Alexis Ravelo es un escritor calvo que nació y malvive a base de bocatas de chopped en Canarias. Ha perpetrado tres libros de cuentos (Segundas personas, Ceremonias de interior y Algunos textículos), cuatro novelas de semen y sangre (Tres funerales para Eladio Monroy, Sólo los muertos, La noche de piedra y Los días de mercurio) y diversos libros infantiles y juveniles (La princesa cautiva, Historia del bufón Alegre Contador, Las fauces de Amial, La fuga y Los perros de agosto). Prepara la edición de su último hard boiled: Los tipos duros no leen poesía. Sospecha que Dios está de vacaciones (o de baja por depresión).

<http://alexisravelo.canariblogs.com/>



A principios de noviembre visitaban España Benedicto XVI y **Dominique Manotti**. El gabinete de prensa del Vaticano no se mostró muy colaborador, y eso que teníamos preparadas algunas preguntas interesantes para el Papa, todas ellas relacionadas con la Santa Sede y el género que nos interesa. Sin embargo, el servicio cultural de la Embajada de Francia en Madrid nos dio todo tipo de facilidades para poder entrevistar a la que tal vez sea la mejor escritora francesa de género negro en activo.

Igualmente tenemos que dar las gracias a Diane Lara -nuestro contacto en la Embajada- así como a Noemí Pastor y Agustín Gil, quienes han hecho posible la lectura en castellano de esta entrevista.



P. Comencemos hablando un poco de su personaje más conocido. Un dicho inglés afirma que *"el fútbol es un juego de caballeros jugado por villanos y el rugby es un juego de villanos jugado por caballeros"*. Théo Daquin juega al rugby. ¿Es el comisario todo un caballero, a pesar de sus métodos un tanto violentos?

R. Sí, en cierto sentido Daquin es un caballero. Procede de la burguesía acomodada, un medio social en el que abundan los diplomáticos, los altos funcionarios e incluso

los militares, pero son raros los policías. Empezó a jugar al rugby con el PUC (Paris Universités Club), pero su afición por este juego tiene un significado adicional: es que el rugby es un deporte que tiene la peculiaridad de permitir que los hombres se toquen, busquen el contacto mutuo y disfruten con ello. Eso sucede, evidentemente, a la vez que rechazan de manera explícita la homosexualidad y ensalzan la amistad viril y el placer de estar entre hombres, que es uno de los asuntos de mi novela *Sendero sombrío*. En definitiva, el rugby es el único deporte que encaja con la forma de ser de Daquin, porque es mucho menos violento que los métodos que utilizan sus compañeros policías.

P. Daquin, y sobre todo los inspectores Romero y Attali, criados ambos en los suburbios de Marsella, nos recuerdan -en sus actitudes, no en su honestidad- a los policías rompepiernas de Hammett o Chandler. Con policías así, mejor no tener problemas con la Ley, ¿no le parece?

R. Mejor no tener problemas con los agentes de la Ley, lo cual viene a ser lo mismo. En el futuro me gustaría escribir una novela sobre esa parte de la economía capitalista que se basa en la ilegalidad, en el robo en sus diferentes formas, y está perfectamente aceptada e incluso hace de motor, de impulsor de la economía. Me refiero al equivalente, en el siglo XXI, de los ladrones de guante blanco del XIX, que son la base del poder económico de los Estados Unidos.

Por otro lado, esos policías rompepiernas los hay en cualquier comisaría de barrio, para desgracia de los fumadores de hachís y los ladrones de móviles.

P. Al leer *Sendero sombrío* nos sorprendió la presencia sutil de Ali Agca dentro de la novela. ¿Está basada en hechos reales o se trata de pura imaginación de la autora?



R. En *Sendero sombrío* respeté escrupulosamente tanto la realidad de los talleres de confección como la cronología de la lucha de los trabajadores turcos, pero, hacia el final de la novela, me permití algunas licencias con la Historia. Escribí *Sendero sombrío* trece o catorce años después de los hechos que relata y que yo viví en directo. Mientras me documentaba para la novela, me encontré con la noticia de la visita del Papa a París en junio de 1980, visita que yo había olvidado completamente. Entonces pensé: turcos, el Papa... La tentación fue tan grande que cedí e introduje en la trama a Alí Agca, quien en realidad fue miembro de la organización paramilitar turca Lobos Grises. Luego seguí documentándome sobre otros ataques contra el Papa y descubrí que en 1981, antes del atentado semifructuoso de Alí Agca, hubo otro frustrado, en Fátima, perpetrado por un religioso español integrista medio loco que había viajado durante mucho tiempo por Europa y en 1980 residía en Francia, concretamente en la región de Rouen. Le añadí grandes dosis de imaginación y decidí acabar así mi novela.

P. La economía sumergida en *Sendero sombrío*, antiguos militantes de izquierda reconvertidos en *yuppies* en *¡A la salida!*... ¿A qué se enfrenta Daquin en *Kop*, la tercera entrega de la serie?

R. Al fútbol: dopaje, tráfico de drogas, blanqueo de dinero negro en traspasos, manejos turbios de representantes...

P. En España, todo el que quiere presumir de progresista afirma que, en mayo de 1968, se encontraba en París. En Francia, casi todo el mundo asegura haber pertenecido en su momento a la Resistencia, pero en *El cuerpo negro* nos demuestra usted que no siempre es verdad todo lo que decimos de nosotros mismos.

R. Así es. Hay un verdadero abismo entre la realidad histórica y el ideal de identidad nacional. Por eso en Francia los archivos históricos han permanecido cerrados para los investigadores durante tanto tiempo. La colaboración con Alemania fue un fenómeno masivo, completamente enraizado en la historia de Francia anterior a 1940, el racismo francés, la respuesta a las huelgas de junio de 1936 y el Frente Popular. Visto lo que está sucediendo hoy día en Europa, y me refiero concretamente al auge de la extrema derecha xenófoba, deberíamos volver la mirada sobre este periodo.

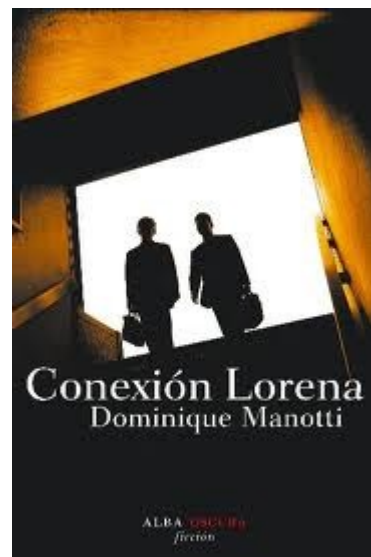
P. *Conexión Lorena*, la novela que consideramos más social y negra de las editadas en España, toca temas tan habituales en la prensa -tanto generalista como especializada en asuntos económicos- como la deslocalización o el desvío de las subvenciones procedentes de la Unión Europea. Un buen caldo de cultivo para la novela negra, ¿no?

R. Sí, así lo creo. La crisis actual es una buena materia prima para la novela negra. En mi opinión, la novela negra es la novela de nuestro tiempo, como también lo fue la de los Estados Unidos en la década de 1930.

P. En esa narración no tiene reparo en llamar a las cosas por su nombre. ¿Algún directivo de Alcatel o Daewoo la ha felicitado por la novela?

R. No, no me han felicitado, pero tampoco me han agredido.

P. Paro, inmigración, economía sumergida, políticas ultraliberales, nuevos guetos levantados en los suburbios de cualquier ciudad... ¿Un infierno para los ciudadanos y un paraíso para un escritor de novela negra?



R. Para un escritor de novela negra, sí. Para un escritor de novela policial, no tanto. Para mí, una novela policial comienza con un crimen, con un atentado contra el orden, con un escalofrío de miedo para el lector, y termina cuando un policía descubre al culpable y se restablece el orden. El mensaje está claro: queridos lectores, podéis dormir tranquilos, pues la policía os protege. La novela policial es literatura de evasión, con distintos grados de violencia. La novela negra es algo muy diferente. Nos dice que la condición natural de nuestra sociedad es el desorden bajo una apariencia ordenada. Y que no puede haber final feliz. Casi nunca. La novela negra diseña la realidad contemporánea. Cuando tengo entre manos una novela negra, me gusta que me ayude a comprender esa realidad.

P. Por los temas y escenarios de algunas de sus novelas se la podría encuadrar dentro de aquel fantástico grupo de autores de los 80 integrado por los Manchette, Daeninckx, Vilar... ¿Se considera usted una continuadora del neopolar?

R. Gracias por lo de “fantástico”. Sí, yo al menos me veo en esa línea.

P. ¿Cuáles son sus autores preferidos, tanto en género negro como en cualquier otro? ¿Qué influencia han tenido en su obra literaria?

R. Mis autores preferidos de género negro son los americanos: Hammett, McBain, Ellroy... Y en otros géneros mis preferidos son los grandes novelistas franceses y rusos del siglo XIX y los americanos del XX. Tengo una especial debilidad por Dos Passos. De hecho, debo muchísimo a Ellroy, Hammett y Dos Passos en cuanto a estilo y a la relación que establezco en mis novelas con lo real.



P. ¿Considera imprescindible el compromiso político en la novela negra?

R. No, pero me gustaría matizar un poco esa negación. Yo, al menos, mantengo la misma visión del mundo que cuando militaba en grupos comunistas. O sea, que no he llevado a cabo ninguna “revisión” de mis creencias. Escribo porque, como dice Sepúlveda, “relatar es resistir”. Pero, claro, una novela no es un discurso político, sino que necesita diversidad, riqueza, complejidad y personajes de carne y hueso que la habiten. Luego, el lector penetrará

en la historia y le dará su interpretación y su significado político. Por ejemplo, yo leo *El Cuarteto de Los Ángeles* y me da igual que Ellroy sea de derechas, me da igual su interpretación política del relato (el mismo Ellroy lo ha dicho un montón de veces: estos hombres malvados han construido América), porque posee una extraordinaria fuerza descriptiva, porque disecciona vigorosamente la sociedad americana y me permite extraer multitud de elementos para ir construyendo mi propia reflexión sobre los Estados Unidos y el modelo de vida americano. A mí me gusta que las novelas me proporcionen materiales, valiosos y abundantes, a poder ser, para mis propias ideas, no que me digan qué tengo que pensar, que ya soy mayorcita y puedo elaborar mi análisis yo sola.

P. ¿Qué opina de la política literaria en Francia y en Europa? ¿Qué se lee? ¿Por qué nos cuesta tanto traducir lo que tenemos tan cerca?

R. No me gusta nada el *establishment* literario francés. Tampoco es que me encante la mayoría de lo que se escribe actualmente en mi país. Pero debo reconocer que se traduce mucha



literatura europea, aunque mucha más norteamericana, por la sencilla razón de que los Estados Unidos son la nación dominante desde 1945 y enseguida se dieron cuenta de lo importantes que era exportar sus productos culturales para mantener su hegemonía. Así, han desarrollado una política cultural agresiva y dirigista, que no tiene nada que ver con su presunto liberalismo y les ha funcionado muy bien. Entre otras razones, también porque su cultura es muy viva, muy conectada a lo real, a la historia reciente, lo cual no sucede en absoluto en Francia.

P. Para terminar, ¿sabe cuándo podremos leer en España *Kop*, la tercera novela protagonizada por Daquin? Y ¿se ha planteado la serie como una trilogía o podremos seguir disfrutando con nuevos casos del comisario y su equipo?

R. Pues, no, lo siento, no lo sé. Y tampoco sé si retomaré algún día a Daquin, pero si lo hago, es seguro que reaparecerá de una manera diferente a la de sus tres primeras novelas.





Las muertas
Jorge Ibarguengoitia
RBA

Por Alexis Ravelo

Una mujer despechada instiga y encabeza un tiroteo contra un antiguo amante. La investigación de los hechos llevará a destapar una trama de trata de blancas, corrupción política y policial, inhumaciones ilegales, prostitución infantil, raptos, torturas y asesinatos en torno a los lucrativos negocios de las hermanas Baladro, proxenetas establecidas en varias localidades del Plan de Abajo.

Este es el planteamiento inicial de *Las muertas*, escrita por Jorge Ibarguengoitia en forma de crónica periodística elaborada a partir de informes judiciales, declaraciones de víctimas y verdugos e impresiones del propio cronista tras visitar los lugares de los hechos. Con una cuidada selección de materiales y una minuciosa composición al servicio de la intriga novelesca, Ibarguengoitia expone un drama social trágicamente absurdo en el que la pobreza, la ignorancia, la avaricia y la ausencia de escrúpulos se combinan en un negro mosaico del México que ya mostrara Juan Rulfo; ese país donde “planta que nace en maceta nunca pasa del pasillo”, y los vivos comparten la cotidianidad con los muertos.

Las muertas apareció en España en 1987. Lo leí en ese momento (16 años, hábitos compulsivos de lectura indiscriminada) y mi ignorancia geográfica me llevó a pensar que se trataba de una *non-fiction-novel* al estilo de Capote. Luego descubrí que el Plan de Abajo no existe, que se trata del trasunto de Guanajuato, lugar de origen de Jorge Ibarguengoitia (sí: para mi sorpresa, no era vasco), quien escribió un ciclo de cuatro novelas (*Estas ruinas que ves*, *Dos crímenes* y *Los pasos de López*, además de la que nos ocupa) ambientadas en esa Santa María particular suya (quedaría más claro si mencionara a Macondo, pero siempre preferí las novelas de Onetti a las de García Márquez). Posteriormente (y casi por casualidad), descubrí que *Las muertas* sí estaba inspirada un suceso real: el terrible caso de Las Poquianchis, que conmocionó a la sociedad mexicana de los años sesenta. Sin embargo, sospecho que Ibarguengoitia huyó del morbo (el caso real se cobró más víctimas y está salpicado de hechos aún más luctuosos); antes bien, intentó comprender y ayudarnos a comprender con él todos los aspectos de una realidad que lleva al ser humano hasta los lugares más recónditos de la infamia.

Cuando se encuentra con este libro lleno de suspense, crudeza y humor negro, lo primero que el lector se pregunta es por qué diablos no lo ha leído antes. Lo segundo, cómo podrá conseguir otros títulos del mismo autor. La respuesta, probablemente, conduce a las librerías de segunda mano.

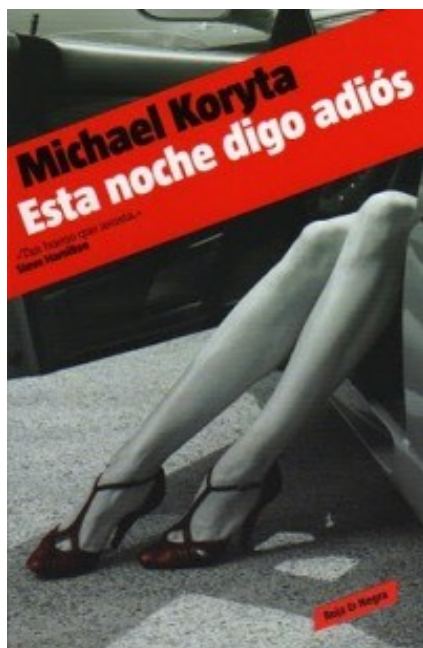
Ibarguengoitia, que residía en París, falleció en 1983 en Mejorada del Campo, en el que fue conocido como el accidente del Vuelo 11 de Avianca. Posteriormente, su obra narrativa



(inteligente, incisiva, ágil y variada) sufrió diversas vicisitudes editoriales que convirtió su lectura en un secreto que guardábamos unos pocos. Salvo algunos intentos (por ejemplo, la edición de Seix Barral de *Estas ruinas que ves* en 2005), sus novelas han permanecido prácticamente descatalogadas en España. El año pasado volvió a aparecer *Las muertas*, esta vez en RBA, que está rescatando a imprescindibles como Manchette, Thompson, Sjöwall y Wahlöö o Goodis. Y este rescate ha proseguido con *Dos crímenes*, otra estupenda novela negra. Esto podría contribuir a que volvieran a las librerías otras novelas no criminales, pero sí exquisitas, del mismo autor, como *Los relámpagos de agosto*, una dura y divertidísima sátira sobre la revolución mexicana. Así el lector actual tendría la oportunidad de entrar a formar parte como iniciado de este secreto perfecto que se llama Jorge Ibargüengoitia.

Alexis Ravelo es un escritor calvo que nació y malvive a base de bocatas de chopped en Canarias. Ha perpetrado tres libros de cuentos (Segundas personas, Ceremonias de interior y Algunos textículos), cuatro novelas de semen y sangre (Tres funerales para Eladio Monroy, Sólo los muertos, La noche de piedra y Los días de mercurio) y diversos libros infantiles y juveniles (La princesa cautiva, Historia del bufón Alegre Contador, Las fauces de Amial, La fuga y Los perros de agosto). Prepara la edición de su último hard boiled: Los tipos duros no leen poesía. Sospecha que Dios está de vacaciones (o de baja por depresión).

<http://alexisravelo.canariblogs.com/>



Esta noche digo adiós
Michael Koryta
Mondadori (Roja & Negra)

Por Carlos Zanón

Buenas noticias para estómagos negros y criminales. El *chef* Rodrigo Fresán, desde la colección Roja y Negra, nos sirve nuevo menú. Nada de *nouvelle cousine* o tortilla desconstruida. Menú de toda la vida. Primero, segundo y postres. Un menú de digestión ligera pese a que lo engulles con fruición y sin medida. Reconoces los sabores, los colores y los lugares comunes pero no es más de lo mismo. No es lo de siempre (que lo es) ni está explicado de forma diferente (que tampoco). Y es que lo que hace que la misma historia con las mismas coordenadas e ingredientes no sea un *pastiche*, ni un cliché ni un *déjà vu* de cartón-piedra sólo tiene un nombre: talento.

Michael Koryta lo tiene. *Esta noche digo adiós* fue su primera novela. Ahora lleva seis y un montón de premios y seguidores. Su edición coincide con la también recomendable *Aguas gélidas* (Roca Editorial). Pero *Esta noche digo adiós* también es la entrada en escena de Lincoln Perry (voz narrativa) y su socio, Joe Pritchard, a la guitarra rítmica. Son detectives privados y les cae un caso de asesinato disfrazado de suicidio y desaparición de *femme fatale* con gadget hija encantadora. Hay peligro, escenas de acción, costumbrismo, mafiosos rusos, pistolas, periodistas intrépidas y polis corruptos, muertos, lealtad y traición. Es decir, todo lo que quieres en una novela de género. Te van a dar las tantas leyéndolo.

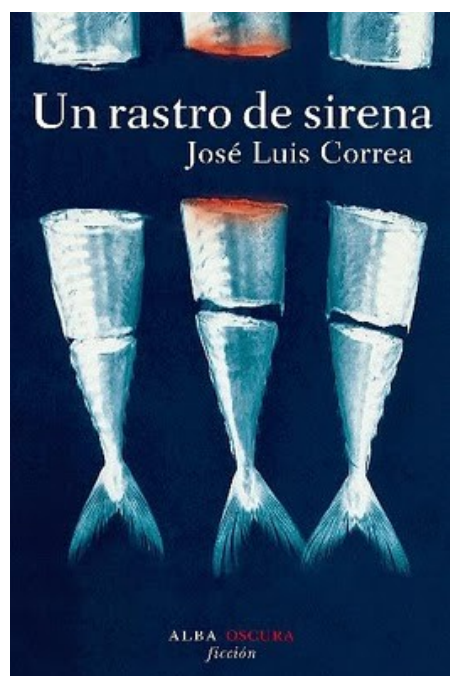
Todos los escritores de negra de su país se pusieron en fila para alabar la novela y al autor. El



tipo sabe meter ritmo, construir diálogos y personajes, diseñar líneas claras sobre campos de batallas confusos. En ocasiones tanta seguridad le juega malas pasadas de trilero sobrado, que le quitan eficacia narrativa. Pero todo ello no va en demérito de un libro que da lo que promete. Que, sin complejos ni aspavientos, canta una canción conocida pero que nos resulta apasionante y (glups) nueva. A veces, no está de más recordar que siempre es el cantante y no la canción.

Los que lo han leído en su idioma aseguran que de Perry y Pritchard lo mejor está por llegar. ¡Chef, queremos más Koryta!

Carlos Zanón (Barcelona, 1966). Es autor de los libros de poemas El sabor de tu boca borracha (1989), Ilusiones y sueños de 10000 maletas (1996), En el parque de los osos (2000), Algunas maneras de olvidar a Gengis Khan (2004), galardonado con el Premio Valencia de Poesía, y de las novelas Nadie ama a un hombre bueno (2008) y Tarde, mal y nunca (2009).



Un rastro de sirena

José Luis Correa

Alba Editorial

Por Javier Rivero Grandoso

José Luis Correa nos trae esta cuarta entrega del consolidado detective Ricardo Blanco, tras las novelas *Quince días de noviembre*, *Muerte en abril* y *Muerte de un violinista*. De nuevo la trama se desarrolla en Las Palmas, una ciudad que en la última década, y debido al buen hacer de autores como Alexis Ravelo, Luis León Barreto o el propio Correa, se ha convertido en habitual en el panorama de la novela negra.

El inicio de *Un rastro de sirena* es un claro homenaje a *Tatuaje*, la primera novela policíaca protagonizada por Pepe Carvalho: un cadáver aparece en una playa, y una de las pocas pistas que ofrece es un tatuaje. Sin embargo, en esta ocasión es el cuerpo de una joven de Europa del Este,

y además no aparece completo, sino solo su tronco superior, por lo que pronto se gana el sobrenombre de la sirena. De la muchacha no se conoce prácticamente nada, razón por la que el inspector Álvarez pide a Ricardo Blanco, con el que ya había colaborado en anteriores casos, que husmee para intentar averiguar algo.

El detective canario se ve envuelto en una peligrosa trama relacionada con la mafia rusa que tendrá funestas consecuencias en algunos de los personajes. Blanco deberá sumergirse en espacios desconocidos para él, como los inseguros establecimientos del sur de Gran Canaria o los locales de alterne en los que obligan a prostituirse a chicas del Este, como la simpática Anne Marie.

Con Anne Marie, la chica a la que protege Blanco, se queda uno de los personajes que los lectores ya conocen de las novelas anteriores: la secretaria Inés. En esta ocasión veremos a la valiente mujer permanecer lejos del despacho para ayudar a Ricardo, que por primera vez en

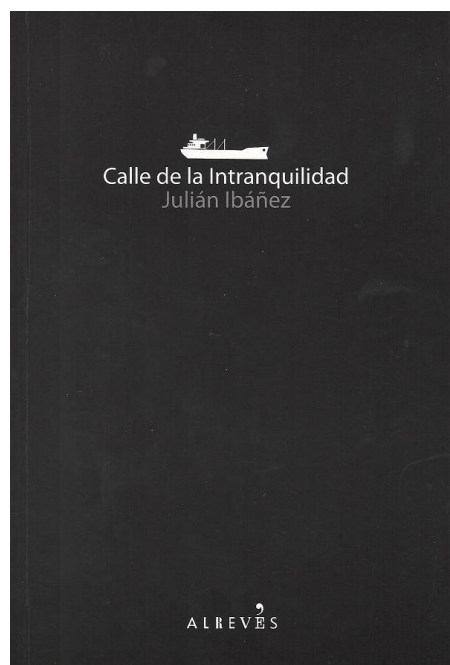


toda la saga aparecerá sin la presencia de una fémia que ocupe su corazón (¿será la inteligente secretaria la que le haga sentar la cabeza?). Tampoco podemos olvidar al entrañable personaje de Colacho, el abuelo de Ricardo, que continúa aconsejando pacientemente a su nieto sobre los difíciles casos que debe abordar frente a un buen plato de pescado o mientras desayunan en Las Canteras.

Correa se sirve acertadamente de los espacios de la isla para desarrollar la intensa acción de la novela. De este modo aprovecha las fiestas más populares del Archipiélago, los carnavales, para ambientar uno de los momentos más trepidantes de la novela, ya que sitúa una persecución de máxima tensión entre la multitud que se agolpa en las calles para disfrutar del entierro de la sardina.

Narrada en primera persona, desde la perspectiva de este peculiar detective que inició tres carreras universitarias y que ninguna le satisfizo, y que encuentra el sosiego y la tranquilidad para leer a Paul Valéry cuando la mafia lo anda persiguiendo, *Un rastro de sirena* es uno de esos libros que demuestran que la novela policíaca puede ambientarse en cualquier lugar del mundo. El humor también está presente en las páginas de esta obra, que no solo ayuda a desdramatizar los sucesos que vive el detective Blanco, sino que además hace que su lectura sea más amena y divertida. Plagada de léxico y expresiones canarias, con un estilo ágil y pulcro y con un ritmo vertiginoso, Correa configura otra novela que conviene no perderse.

Javier Rivero Grandoso nació en 1987 en Tenerife. Licenciado en Filología Hispánica, actualmente prepara su tesis doctoral sobre el desarrollo de la novela negra en España en sus distintas lenguas. Sigue disfrutando de las obras protagonizadas por Pepe Carvalho cada vez que tiene ocasión.



Calle de la Intranquilidad

Julián Ibáñez

Alrevés

Por Jokin Ibáñez

Los últimos vientos que arrastran una nueva era dorada para la narrativa criminal en castellano le han sentado bien a Julián Ibáñez.

Aquel pionero de la novela negra de los años ochenta, que nos dio un puñado de novelas con chupatintas como protagonista, ha visto el nuevo siglo con un nuevo puñado de novelas en la mano.

Ya no es Novoa ni sus antecesores de la Transcantábrica Express. El nuevo prota es un madero, un poli ¿llamado? Cobos. Un poli solitario, destinado en Bilbao, en una solitaria comisaría situada en el puerto de Bilbao, que como su nombre indica está en Santurtzi, a unos quince kilómetros. Allí, en la comisaría, sobrevive entre compañeros similares. De vez en cuando, surge un caso del que ocuparse. Y para no aburrirse, entre casos, trabaja a deshoras para la “agencia”, haciendo seguimientos y, de esa forma, se saca un pequeño sobresueldo para aliviar una existencia anodina, sin compañeros (no



se lleva bien con los pocos que tiene, se aguantan, por decir algo), con conflictos competenciales con la policía autonómica, los amapolas, y la amenaza constante, velada, existente, permanente de los hombre de la capucha.

Y en este marco, Julián Ibáñez nos describe un par de investigaciones paralelas, la oficial, con un extraño secuestro del hijo de una mujer de la calle, angoleña, ilegal, por un lado, y el encargo del seguimiento a una “secretaria” de un industrial, por el otro.

Para ello, Ibáñez se sirve de su conocido estilo literario (me gustaría que alguien hiciera un análisis comparativo de los estilos literarios de los autores de novela negra de los ochenta: seguro que se encontraba con muchas sorpresas): breve, descriptivo, afilado como un bisturí y contundente como un hachazo. No es, como siempre, una narrativa florida. Los ambientes que describe se pueden clasificar en dos colores, negro y gris sucio. Para muestra un botón:

“Una bombilla iluminaba con tacañería el portal mugriento, con las paredes pintadas de gris al óleo hasta una altura de dos metros. Las paredes de la escalera rezumaban grasa, y no era debido a la pintura, porque casi todo eran desconchados; crujía la madera de los escalones. Sin embargo, olía a limpieza, a asperón y lejía”.

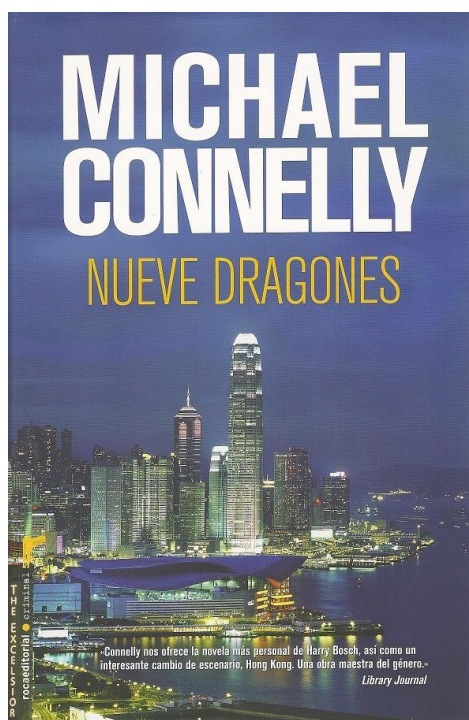
Alguna vez ya he comentado que Ibáñez escribe sus novelas como pequeños capítulos inconexos, que por sí solos tienen principio y final. Y por una vez, la contraportada del libro no miente. Describe su estilo lleno de personajes anodinos (yo mismo he usado esta palabra algo más arriba), predominando lo cotidiano frente a lo extraordinario, etc, etc. Levanto mi copa para celebrar la descripción.

Que nadie busque en esta novela y en el resto de las de Ibáñez florituras. Es un gran escritor y tiene una especialidad. En la novela negra que nos gusta hay muchos especialistas, cada uno en su subgénero. Si hablamos de private eye, ahí están Raymond Chandler y Ross Macdonald, en versión psicológica. Si queremos encontrar un relato de la España de la Transición, lea usted a Vázquez Montalbán, si queremos... pues eso, para describir la soledad del individuo en la jungla urbana (y a veces en pequeños pueblos, no menos jungla) es donde Julián Ibáñez lo remata. El mejor, sin duda, en su parcela, la descripción de los paseos y los seguimientos a pie y en automóvil por laberínticas calles son muy buenos. Y con un acierto excepcional ¿habéis leído sus novelas juveniles? Allí hay humor y cariño por los jóvenes. Incluso en Calle de la Intranquilidad (¿menudo título, eh? Angustioso!) hay un párrafo donde ese gusto por la infancia queda al descubierto:

“Subí al tercero ignorando el ascensor. En el descansillo, sumido en la penumbra, me encontré con un niño de unos ocho o nueve años muerto sobre la moqueta, aferrado todavía a su metralleta. Pasé sobre el cadáver y pulsé el timbre de la letra B. Esperé. Escuché cómo alguien se incorporaba a mi espalda y se producía un intercambio de disparos, luego una pequeña carrera y, ya desde el segundo piso, me llegaron algunos cañonazos de gran calibre”.

Vamos. A por la novela. Yo ya estoy esperando la siguiente.





Nueve dragones
Michael Connelly
Roca Editorial

Por Jokin Ibáñez

Ha vuelto Harry Bosch y van... por lo menos catorce novelas protagonizadas y alguna aparición estelar con su hermanastro, Mickey Haller, más alguna cita en las novelas de los amigos de Michael Connelly. Un buen curriculum para un investigador que se precie.

Pero esta vez se ha ido de Los Ángeles. Connelly ha marcado su impronta en la descripción de la ciudad. Y él y su personaje, Harry Bosch, son dos iconos actualmente en la ciudad: hay libros y discos sobre los lugares que se visitan y la música que se escucha en las novelas. Pero esta vez no está ahí.

Aunque hay una investigación inicial por parte de Bosch y su compañero Ignacio Ferras sobre el asesinato de un comerciante chino, antiguo conocido de nuestro protagonista, a Harry Bosch esta vez sí que le han tocado los huevos. Su hija Maddie ha sido secuestrada en Hong Kong, donde vive con su madre Eleanor Wish.

Harry Bosch piensa que puede estar relacionado con la investigación que lleva entre manos y se zambulle de cabeza en la ciudad asiática. Una ciudad que no conoce.

En Los Ángeles, Bosch se mueve como pez en el agua. Conoce las calles como la palma de su mano, pero allí, en Asia va a ser completamente distinto. Es verdad que va a contar con la ayuda de Eleanor y del compañero sentimental de ésta.

Y aquí termina toda similitud con las novelas anteriores. Bosch no va a sentirse como antaño, como un caballero con un destino vital, terminar con los malos. Aquí, Harry Bosch va a ser Superman.

Si las novelas de Connelly se suelen leer bien, sin tropiezos ni problemas narrativos, en ésta la ligereza y la linealidad aceleran la lectura.

Harry Bosch es un nuevo Julio César, vini, vidi, vinci. En aproximadamente veinticuatro horas va a ser capaz de llegar a Hong Kong, matar a nosecuántos tíos, encontrar a su hija y llevarla consigo de regreso a Los Ángeles, sin rasguño alguno, sin problemas metafísicos personales. Ya ha soltado adrenalina. Y he aquí la grandeza de Michael Connelly. Te lo pasas en grande. La novela de 350 páginas parece una novela corta de apenas sesenta. Y ves que ocurre algo en la mente de Connelly.

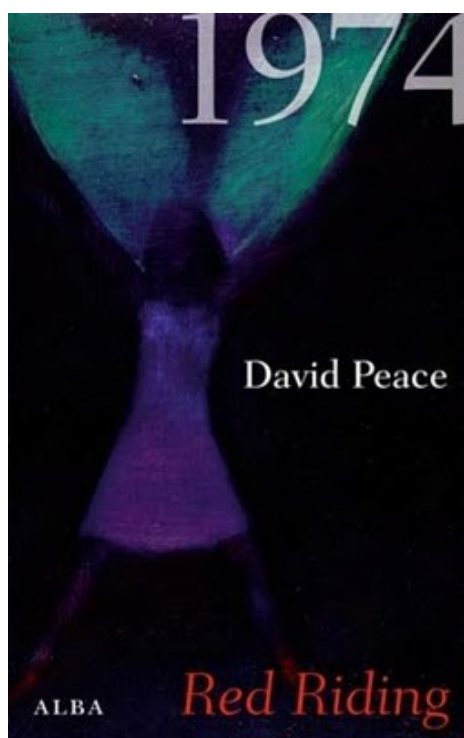
Desde el principio de la historia narrativa y creativa de Connelly se han dado altibajos en la calidad de las obras. A etapas más o menos densas con su personaje principal, Hyeronimus Bosch, le han sucedido paréntesis para ensayos de otros personajes, más o menos afortunados. Ha tenido agobios con el devenir de su personaje. Recordemos que Bosch dejó el cuerpo de policía para intentar una aventura de private, en la que se dio cuenta que la placa abría muchas más puertas. Y en un punto similar nos encontramos. Connelly ha creado otro personaje paralelo, el hermanastro Mickey Haller, protagonista de novelas judiciales (con gran éxito en los USA) y



que pasará a la pantalla. Nos había prometido que Harry Bosch no aparecería nunca en el cine, y como aparece de tapadillo en las historias de Haller ¿qué nos deparará el tiempo? Aquí, en Nueve dragones, es Haller el que aparece, como abogado personal de Bosch. Hay pareja, parece.

Ya veremos. Lo único bueno que sabemos es que Harry Bosch se enfrentará a un nuevo problema en la siguiente aventura: ser padre a tiempo completo.

Jokin Ibáñez es un aficionado a la novela negra desde que fue detenido, durante el pasado siglo, en Sopelana (Bizkaia) por el Agente de la Continental, al que no quiso decir su nombre. Por ello, desde entonces se encuentra arrestado en el género negro y no puede salir.



1974. Red Riding Quartet

David Peace
Alba Editorial

Por Luis Datas

Estábamos habituados a los periodistas comprometidos, tozudos, éticos, honestos, desde los que pueblan las novelas de Horace McCoy, pasando por el cine noir clásico, hasta llegar a Julio Galvez, Olga Lavanderos o a Mikael Bloomvkist de Stieg Larsson.

Pero cualquier parecido con los aparecen en la primera novela traducida de David Peace, es pura coincidencia y hay que tener mucha imaginación para encontrar siquiera un rasgo común.

Nos encontramos en la zona de Leeds y su conurbano. Un joven periodista trata de conseguir que un artículo con su nombre salga en la primera plana del Post. Y para ello lo intentará todo, naturalmente.

La desaparición de una niña, y la ausencia momentánea de Jack Whitehead, el redactor de sucesos estrella, le dará la oportunidad de husmear por algo más que la simple rueda de prensa de los mandos policiales.

Y husmear significa pasar al otro lado de la aparente realidad, que es triste y oscura como los pubs y las gentes que los frecuentan. Pero la mezquindad y la sordidez está en otro lado, en aquellos que no sólo quieren el dinero, el negocio no importa cómo, sino que anteponen sus placeres poco ortodoxos.

Narrada en un estilo ágil y duro, lleno de diálogos (es un periodista el que interroga), es una pena que esta novela -publicada originalmente en 1999-, haya tardado tanto en ser traducida. Aún así sorprende y nos aporta un estilo diferente que nos recuerda a Ken Bruen y hace que los personajes de James Ellroy parezcan compañeras de la Madre Teresa al lado de los que pueblan el West Yorkshire que nos describe David Peace.



Naturalmente, ya estamos en la cola, esperando la próxima novela de la tetralogía. Anímense y añádanse al grupo de los *Peaceadictos*.

Luis Datas. Madrileño de adopción. No escribe, ni siquiera un blog pequeñito. Pero odia a su jefe cuando le hace quedarse un poco más porque lo que quiere es llegar a casa y leer. Es uno de los placeres solitarios que practica. No es gourmet, vive solo y juega a la Primitiva para ser un “liberado” de la lectura.



Como es lógico, una revista como .38 debe contar con una buena red de informantes, esos necesarios confites que acodados discretamente en la barra de un bar, fingiendo corregir un texto en la mesa de su editorial o agazapados entre las estanterías de su librería de referencia, nos harán llegar algunos soplos que compartiremos con los lectores. A cambio sólo piden cierta inmunidad y copas gratis en su puticlub de confianza. El nuestro firma como El Ciego, sin más. Pero sordo no es, desde luego.

Libros del Asteroide nos esta acostumbrando a que comencemos el año con un nuevo Leo Malet, el genial creador de Nestor Burma. Este próximo trimestre, en traducción de Luisa Feliu, podremos leer *Ratas de Montsouris*.

La aguja en el pajar se ha transformado en *Crimen en el barrio de Once* al cruzar el Atlántico. Planeta publicó la excelente novela de Ernesto Mallo. Ahora Siruela publica el primer caso del Comisario Lascano entre nosotros.

El inspector Cao Chen sigue investigando. Tusquets publicará el próximo enero *El Caso Mao*.

Cuatro jóvenes amigos de Berlín fundan una agencia que se dedica a pedir perdón, previo encargo de empresas. Pero las cosas se complican. Una original idea inicial para el debut en castellano de Zoran Drvenkar, en Seix Barral.

Siganle la pista a R. J. Ellory, que debuta en castellano con *Sólo el silencio*, en la Serie Negra de RBA. Y acuérdense, en el futuro, de que la primera noticia de este autor que no hará adictos, la tuvieron, quizá, en .38.

Y en la misma magnífica colección nos traducen a James Crumley y su *El último buen beso*, que los lectores catalanes ya pudieron disfrutar hace tiempo en la edición de La Cua de Palla.

Y más Serie Negra, la ultima de Lehane: *Lo que es sagrado*. Y la segunda de Tana French, la de *El silencio del bosque: En piel ajena*.

Y la recuperación de una de las novelas más sorprendentes de un primer autor, nuestro colaborador Carlos Zanon. *Tarde, mal y nunca* se había “perdido” tras la desaparición de su anterior editorial. Ahora se recupera en Serie Negra. A ver si la colección se va acostumbrando a publicar autores en castellano.

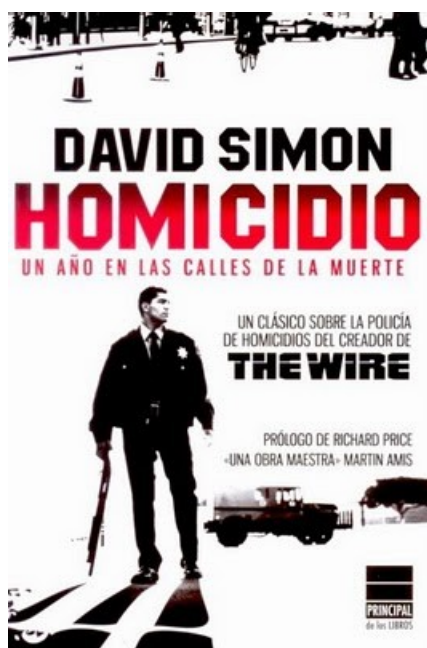
Y en febrero, Serie Negra nos trae la ultima de Bernie Gunther, el Marlowe berlinés. *Gris de campaña* se titulará.

Viceversa adelanta para la BCNegra la publicación de la tercera novela protagonizada por Cornelia Weber-Tejedor: *En caída libre*.

Y en la misma editorial más Lynda La Plante: *La dalia roja*.

Como Mari Jungstedt estará por Barcelona para la BCNegra, Maeve publica la cuarta novela del comisario Knutas y el periodista Johan Berg: *El arte del asesino*.





Homicidio

David Simon

Trad.: Andrés Silva

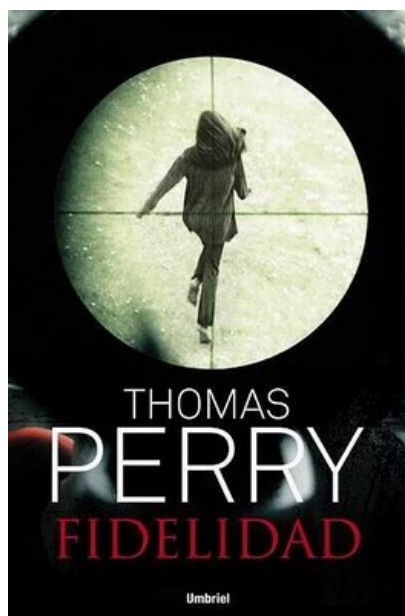
Principal de los Libros

El escenario es Baltimore. Cada tres días dos personas mueren asesinadas a tiros, a cuchilladas o a golpes. En el centro de este huracán de crímenes se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres enfrentados a la parte más oscura del sueño americano. David Simon ha sido el primer periodista al que le fue concedido acceso ilimitado a una unidad de homicidios.

David Simon ha sido el primer periodista al que le fue concedido acceso ilimitado a una unidad de homicidios y este increíble libro es a la vez una apasionante thriller y una investigación en la cultura de la violencia. La narración sigue a Donald Worden, un veterano detective casi al final de su

carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta detective negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini, un novato al que le toca el caso más difícil del año: la brutal violación y asesinato de una niña de once años.

Homicidio se convirtió en la base para una serie de televisión y en los conocimientos sobre los que posteriormente David Simon construiría la galardonada serie *The Wire*.



Fidelidad

Thomas Perry

Trad.: Eduardo G. Murillo

Umbriel

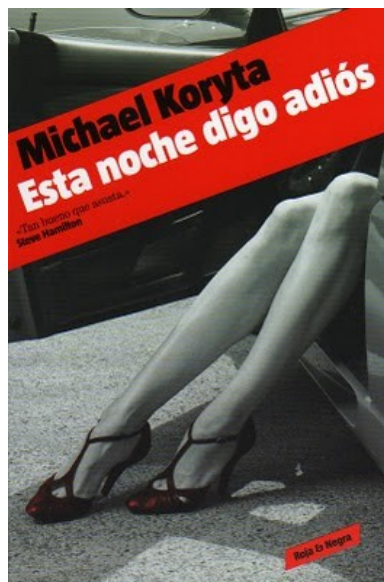
Una noche de verano, el detective privado Phil Kramer muere en el interior de su coche de un disparo en la cabeza. A la mañana siguiente, antes incluso de recibir la noticia, su socia y esposa Emily descubre que Phil vació los fondos de la agencia y de su propia cuenta personal. Mientras tanto, el asesino a sueldo Jerry Hobart recibe un nuevo encargo: acabar con la vida de Emily.

Sobreponiéndose a la tragedia, ignorante de que ella misma podría ser la próxima víctima, Emily se lanza a investigar el pasado de su marido, plagado de secretos y de rincones oscuros. Hobart, por su parte, no tiene las cosas mucho más claras. ¿Por qué está tan interesado el millonario Ted Forrest

en hacer desaparecer a los Kramer? ¿Y si, tras cumplir con su cometido, él mismo se convirtiera en el único e incómodo cabo suelto del asunto?



Entre adulterios y mentiras, la única fidelidad de este libro es la que sentirá el lector hacia Thomas Perry. Una vez más, el escritor ha hecho buenas las palabras de Stephen King como creador de unos personajes inolvidables en una historia llena de revelaciones sorprendentes y de un suspense electrizante.



Esta noche digo adiós

Michael Koryta

Trad.: Sergio Lledó

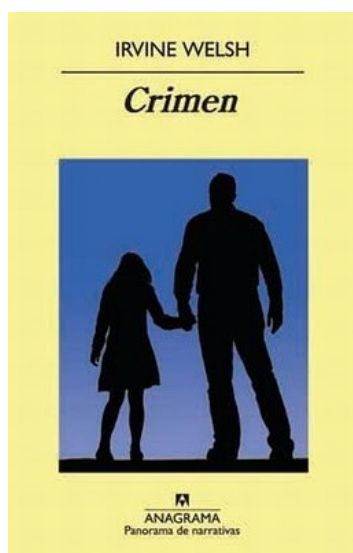
Roja & Negra Mondadori

Lincoln Perry y su socio Joe Pritchard son contratados por el padre de Weston para descubrir la verdad acerca de su muerte.

Un cadáver que se niega a enfriarse; un detective cínico, pero sentimental; una hermosa mujer con problemas que, por supuesto, trae problemas; mafiosos rusos violentos pero con modales; agentes de policía que infunden poca o ninguna confianza y un triste y solitario desenlace final... Con su primera novela, Michael Koryta rinde homenaje a los grandes maestros del género, Raymond Chandler y Dashiell Hammett.

Ganadora del premio St. Martin Press/ Private Eye Writers of America a la primera mejor novela protagonizada por un detective, y finalista del prestigioso premio Edgar de novela policial, *Esta noche digo adiós* sorprendió a la crítica -"He aquí un nuevo talento de la novela negra» (Chicago Tribune)- y a autores de la talla de Michael Connelly -"Simple y llanamente, uno de los mejores entre los mejores" y Lee Child: "Un debut de primera".

Esta noche digo adiós es la primera novela de la serie protagonizada por los detectives Lincoln Perry y Joe Pritchard.



Crimen

Irvine Welsh

Trad.: Federico Corriente

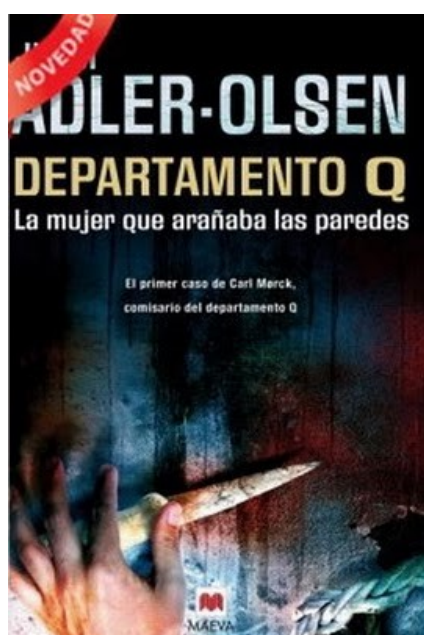
Anagrama

Ray Lennox es un joven e inteligente inspector de la policía de Edimburgo que ha resuelto un atroz caso de asesinato. La muerta era una niña de siete años y el culpable, un asesino en serie por cuyos crímenes anteriores habían sido encarcelados varios pringados más o menos inocentes. Todo ha terminado ya Lennox ha hecho un excelente trabajo y ha sido recompensado con unas vacaciones que debe tomarse quiera o no puesto que su desesperada, obsesiva implicación en el caso –que lo remite a un secreto episodio de su pasado– y su depresión posterior, han hecho que sus superiores decidan alejarlo por un tiempo, hasta que se recupere. Lennox viaja con su novia Trudi a Miami, se olvida de la

cocaína y el alcohol de los que había abusado en los últimos tiempos e intenta volver a la normalidad tomando antidepresivos como si fueran caramelos. Trudi es guapa, joven y se aman,



pero comienzan a tener problemas sexuales —puede que por los antidepresivos—, y sociales —ella está demasiado ocupada planeando su boda—. Y tras una discusión, Ray va a un bar y, tras beber bastante vodka en soledad, se le acercan dos mujeres, Starry y Robyn, con cocaína y muchas ganas de fiesta. Los tres acaban en el piso de Robyn y cuando están en plena juerga, entre juegos eróticos y nubes de polvos blancos —e intentando no despertar a Tianna, la hija de Robyn, que duerme en su habitación—, llegan al piso dos amigos de las mujeres y se unen a la fiesta. Uno de ellos desaparece muy pronto y reaparecerá en el cuarto y la cama de la niña, que grita desesperada. A la mañana siguiente, tras una brutal pelea, el desbande y la desaparición de la madre, Lennox, que había acabado encerrado con Tianna en la habitación de ella para protegerla, se encontrará a cargo de una precoz lolita de diez años, al parecer amenazada por una oscura, poderosa red de pedófilos. Para salvarla, el detective no tendrá otra salida que enfrentarse a su propia vida y a los fantasmas del pasado y actuar en el lado más oscuro de esa América a la que había llegado como turista.



Departamento Q. La mujer que arañaba las paredes

Jussi Adler-Olsen

Trad.: Juan Mari Mendizabal

Maeva

En Copenhague, el policía Carl Mørck está atravesando una de las épocas más negras de su vida. Tras ser sorprendido por el ataque de un asesino, un compañero suyo resulta muerto y otro gravemente herido. Su sentimiento de culpabilidad aumenta cuando su jefe y la prensa dudan de su actuación. Relegado a un nuevo departamento dedicado a casos no resueltos, Carl Mørck ve una oportunidad de demostrar su valía al descubrir las numerosas irregularidades cometidas en el caso de Merete Lynggaard. Cuando en 2002 esta mujer, una joven promesa de la política danesa, desapareció mientras realizaba un viaje en ferry, la policía decidió cerrar el caso por falta de pruebas. Sin embargo, Merete Lynggaard sigue viva aunque sometida a un terrible cautiverio.

Encerrada y expuesta a los caprichos de sus secuestradores, sabe que morirá el 15 de mayo de 2007. Carl Mørck ha de utilizar todo su ingenio e intuición.



Sin retorno

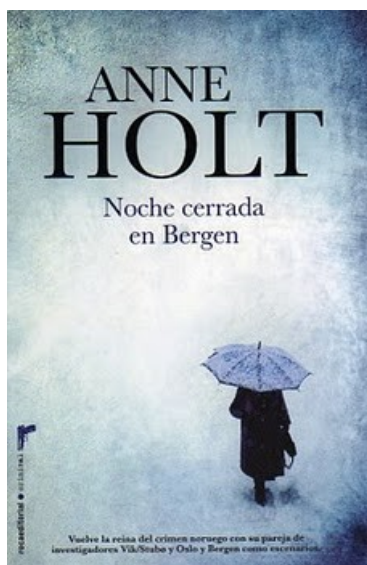
George Pelecanos

Trad.: Cristina Martín

Ediciones B

En 1972, tres adolescentes blancos —Alex, Billy y Pete— entran en un barrio marginal de Washington. Esa incursión cambió la vida de seis personas: a causa del enfrentamiento con tres chicos negros, Billy resultó muerto y Alex seriamente herido. En 2007, Alex llora la muerte de su hijo caído en Iraq. De pronto, uno de los negros que sobrevivieron al incidente del 72 contacta con él, abriendo la puerta a la reconciliación... y a mucho más.





Noche cerrada en Bergen

Anne Holt

Trad.: Diego García Quiroga

Roca Editorial

Durante unas frías navidades, la psicóloga y profiler Inger Johanne Vik se encuentra, junto a su familia, involucrada en la investigación de unos desagradables crímenes. Su marido, el detective Yngvar Stubø, ha sido enviado a Bergen tras el asesinato de la obispo local, Eva Karin Lysgaard. Mientras, en Oslo, se suceden una serie de asesinatos de diversa naturaleza. A pesar de que no hay un vínculo aparente entre ellos, Inger Johanne Vik acabará descubriendo la relación existente.

La cuarta entrega de la serie de Vik/Stubø es una emocionante novela negra que aborda temas actuales. *Noche cerrada en Bergen* va más allá de la investigación criminal al uso al invitar a la reflexión acerca de temas políticos, religiosos y de derechos humanos. Es, además, una contundente crítica a la intolerancia.



La sombra de Kasha

Miyuki Miyabe

Trad.: Purificación Meseguer

Quaterni

Cuando una hermosa joven se desvanece en Tokio, el prometido de ésta pide ayuda a su tío, inspector de policía, con la esperanza de que lo ayude a encontrarla.

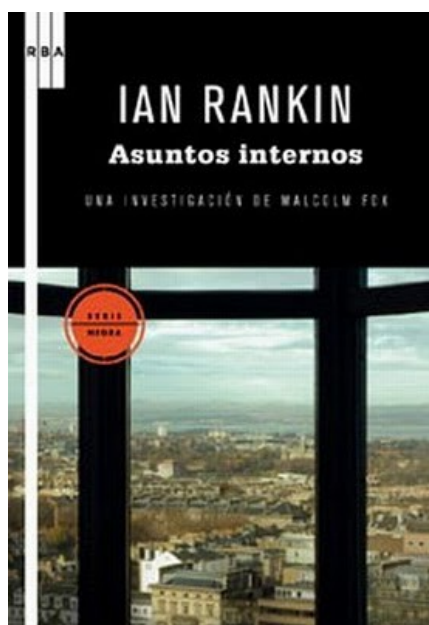
El detective no tarda en averiguar que la joven no es quien dice ser y oculta un oscuro pasado.

Su búsqueda lo llevará a recorrer las ciudades más importantes de Japón y sumergirse de lleno en el peligroso submundo financiero donde las deudas astronómicas y la Yakuza empujan a las personas al borde de la desesperación, a cometer actos al margen de la ley, e incluso al suicidio.

En este escenario, gastos desmesurados, bancarrotas personales, identidades robadas y prestamistas sin escrúpulos conforman una mezcla letal.

Con esta novela de suspense, Miyuki Miyabe se convirtió en una de las autoras más leídas de su país, ganando además el prestigioso *Premio Shugoro Yamamoto*, y obteniendo el galardón de *Mejor Novela de Misterio* y el de *Libro del Año en Japón*.





Asuntos internos

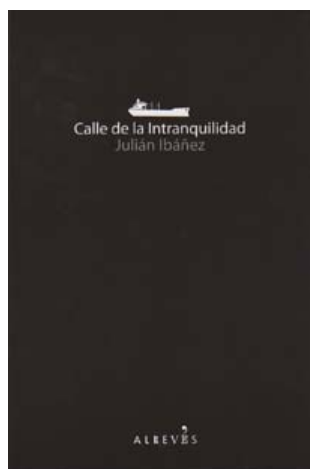
Ian Rankin

Trad.: Francisco Martín Arribas

RBA

Malcolm Fox trabaja en el Departamento de Asuntos Internos, uno de los menos populares de la policía, pues se dedica a erradicar la corrupción en el cuerpo y a investigar a los agentes sospechosos. Es un tipo de mediana edad, gruñón y divorciado. No prueba el alcohol y lleva tirantes. Es constante y muy íntegro en su trabajo, y goza de una inteligencia poco común. Acaba de resolver un caso brillantemente, por lo que debería sentirse satisfecho, pero una situación familiar complicada que se ve incapaz de manejar-su padre está ingresado en una residencia demasiado cara para su sueldo de funcionario, y su hermana convive con un maltratador-hace que no tenga demasiados

motivos para alegrarse. *Asuntos internos* es el debut literario de Malcolm Fox, nuevo personaje protagonista de Ian Rankin. Con un argumento complejo, unos personajes definidos y la crisis financiera global como telón de fondo, el lector comprobará que lo que en un principio se planteaba como una trama de corrupción tiene la envergadura de una sólida novela negra impregnada de realidad.



Calle de la intranquilidad

Julián Ibáñez

Alrevés

En su más puro estilo, donde los personajes son anodinos, donde predomina lo cotidiano versus lo extraordinario, donde los casos no siempre se resuelven satisfactoriamente, donde el final nos sorprende con un giro inesperado, donde, a veces, ni siquiera la propia policía es capaz de cerrar un caso Julián Ibáñez nos presenta esta historia en la que un policía nacional del puerto de Bilbao, entre los múltiples casos de entrada ilegal de chicas inmigrantes, afronta un secuestro muy peculiar...



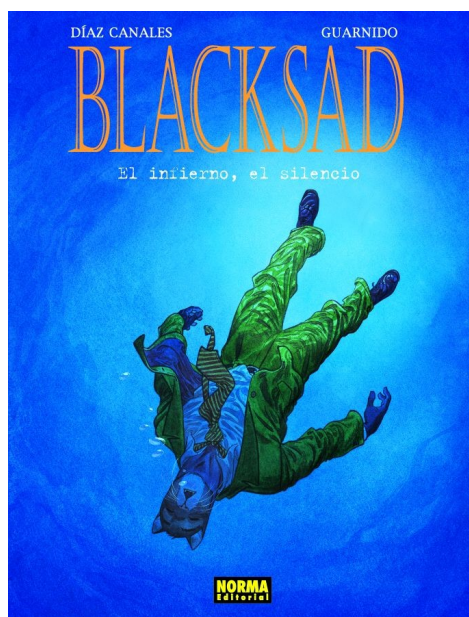


Confesiones de un gánster de Barcelona

Lluç Oliveras

Ediciones B

Lluç Oliveras, escritor y guionista, conoció a Dani el Rojo a raíz de la grabación de un documental sobre atracadores de los años ochenta, para el que contrataron a Dani como asesor. Al cabo de unos meses de trabajo, Lluç lo convenció para escribir esta novela a cuatro manos. Dani ponía su historia, y Lluç plasmaría sus dotes narrativas. Llega la novela más rompedora del panorama literario: el excepcional retrato de la vida delictiva y carcelaria de la Barcelona de los años setenta y ochenta, de la mano de Dani el Rojo, alias el Millonario, mítico delincuente de la Barcelona underground del momento, y muy conocido en los ambientes musicales y de la prensa cultural. Un testimonio necesario por su sorprendente frescura y autenticidad. Tras un alter ego, Dani el Rojo describe en primera persona los mecanismos de funcionamiento de la seguridad de los locales nocturnos, los trapicheos con drogas y armas, las relaciones entre miembros de bandas, las timbas ilegales, la planificación y ejecución de atracos a bancos y joyerías y la vida carcelaria en la Modelo de los 80.



Blacksad vol. 4. El infierno, el silencio (Cómics)

Guión: Juan Díaz Canales

Dibujo: Juanjo Guarnido

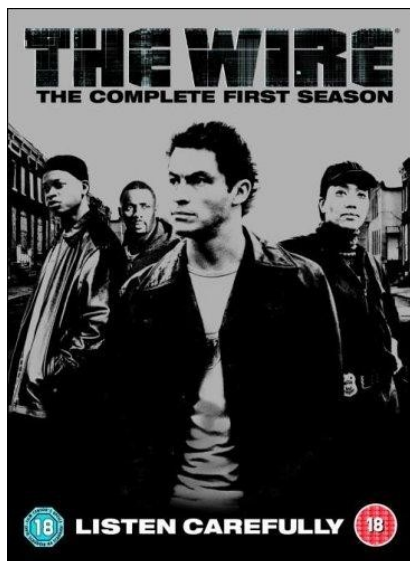
Norma Editorial

5 años después de Alma Roja está a la venta, el cuarto tomo de Blacksad, la mítica serie de Juanjo Guarnido y Juan Díaz Canales.

En esta nueva aventura (*El infierno, el silencio*), nuestro gatuno detective se trasladará a la carismática ciudad de Nueva Orleans para encontrar, en menos de un día, al célebre pianista Sebastian “Little Hand” Fletcher. Un ambiente decadente y al mismo tiempo festivo, drogas, alcohol, vudú y antiguos chanchullos harán que John Blacksad tenga que esforzarse al máximo para dar con la solución de este caso.

José Andrés Espelt Cebrián (Cruce de Cables) nació un 3 de julio junto al Paseo de Gracia de Barcelona. Colaborador de varios sellos editoriales en género negro, policíaco y criminal. Miembro numerado de Ficómic, BCNegra, Semana Negra de Gijón, La Bòbila, librería Negra y Criminal... Autodidacta por naturaleza, pertenece a las asociaciones Novelpol y Brigada 21. Culpable declarado del blog [Cruce de Cables](#).



**Título: The Wire (TV Series)**

País: Estados Unidos

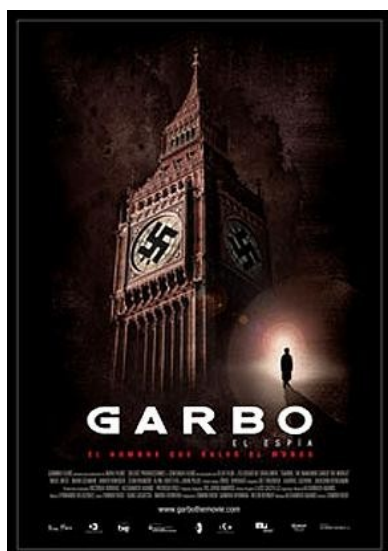
Productora: Emitida por la cadena HBO

Director: David Simon (Creator), Ernest R. Dickerson, Joe Chappelle, Edward Bianchi, Steve Shill, Timothy Van Patten, Clark Johnson, Daniel Attias, Brad Anderson, Clément Virgo, Rob Bailey, Elodie Keene, Agnieszka Holland, Christine Moore, Alex Zakrzewski, Peter Medak, Anthony Hemingway

Guión: David Simon, Edward Burns, George Pelecanos, Richard Price, Dennis Lehane, Rafael Álvarez, Joy Lusco Kecken, David Mills, William F. Zorzi

Reparto: Dominic West, John Doman, Idris Elba, Michael K. Williams, Frankie Faison, Larry Gilliard Jr., Wood Harris, Deirdre Lovejoy, Wendell Pierce, Lance Reddick, Andre Royo, Sonja Sohn, Aidan Gillen, Clarke Peters, Robert Wisdom, Seth Gilliam, Domenick Lombardozzi, Jim True-Frost, James Ransone, Jamie Hector

Sinopsis: Serie de TV (2002-2008). 5 temporadas. 60 episodios. Aclamada serie que narra la investigación de un asesinato con implicaciones de asuntos de drogas en los barrios bajos de la ciudad de Baltimore, donde la policía y los traficantes se disputan el control de las calles. A través de los ojos de un policía, asignado a la detención de un importante cartel, vemos todos los ángulos de un problema algo más complejo que la típica historia de buenos y malos. La corrupción dentro de la ley, las lealtades cruzadas al interior de los cárteles y la problemática social conectada con el narcotráfico son varios de los aspectos que se pueden ver en esta serie muy alabada por la crítica, y deudora al tiempo de series modernas como "Los Sopranos" y de clásicos como "Policías de Nueva York - (NYPD Blue)". El creador de la serie fue, durante años, reportero de la crónica negra de Baltimore, y uno de los co-guionistas fue policía en la misma ciudad. (Fuente: FILMAFFINITY)

**Título: Garbo, el espía (El hombre que salvó el mundo)**

País: España

Productora: Centuria Films S.L. / Colosé Producciones / Ikiru Films

Director: Edmon Roch

Guión: Edmon Roch, Isaki Lacuesta, Maria Hervera

Sinopsis: Madrid, 1940. Juan Pujol, autodidacta, gerente de una granja de pollos, conserje de hotel, empieza a planear su contribución al "bienestar de la humanidad", y decide ofrecerse a los británicos para "echarles una mano", pero su ingenuo plan fracasa. En lugar de desanimarse y abandonar, consigue convencer a los nazis de que puede espiar para ellos. Sorprendentemente, el Abwehr confía en él y lo contrata. Nombre en clave: Arabel.

Después de una serie de aventuras, Pujol es localizado por la Inteligencia Británica, que le convierte en agente doble. Nombre en clave: Garbo. Desde Londres, hace creer al Tercer Reich que el desembarco de Normandía no es más que una



estrategia de engaño, ya que el verdadero desembarco tendrá lugar en el Paso de Calais. Acabada la guerra fallece en Angola en 1949, como un héroe para los dos bandos.

Treinta años más tarde, un escritor inglés de novelas de espías, Nigel West, empieza a dudar de su muerte, se pone a buscarle, y le localiza en Venezuela, donde ha iniciado una nueva vida, se ha vuelto a casar y trabaja como profesor de inglés para la Shell.

Nadie en su entorno sabía de su participación en la guerra.

Es la historia de “el mejor actor del mundo”.



El hombre del tren, por Fernando Marías

Pocas veces sentimos, como espectadores adultos, que las películas son seres vivos en cuyo interior nos hallamos nosotros, pasmados e invisibles convidados de piedra de los personajes de ficción y sus actos.

Vi en su día, año 2003, la película de Patrice Leconte *El hombre del tren*, y recordaba de entonces una historia sencilla pero muy potente, extrañamente mágica, que sustentaba su capacidad de atracción y su ternura en la química inexplicable entre sus protagonistas, Jean Rochefort y Johnny Halliday.

Siete años después la he vuelto a ver, y es ahora cuando me he sentido “dentro” de la película: un tercer personaje que en realidad tiene –y ha tenido siempre–, mucho de ese pobre pequeño delincuente que nunca ha tenido unas zapatillas y mucho de ese viejo maestro que, cuando se halla a solas, sueña que es Wyatt Earp.

Todas las grandes películas –también las grandes películas pequeñas– contienen una idea honda y hermosa o parten de ella. *El hombre del tren* fantasea, en clave de relato infantil para adultos, sobre la posibilidad de ser durante unas horas, en los días finales de nuestra vida, otra persona.

Me he propuesto ver esta película cada diez años, y usar sus noventa y dos minutos de acción como espejo que cierra una década. Habré de esperar esos diez años para saber qué imagen me devuelve el espejo.

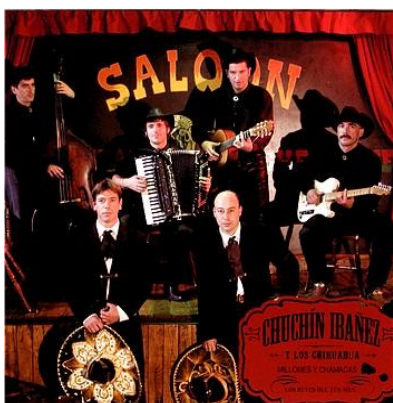
Fernando Marías (Bilbao, 1958). Novelista, guionista ocasional de cine y editor es autor de novelas como Esta noche moriré, El niño de los coroneles (Premio Nadal 2001), Invasor (Premio Dulce Chacón 2005), Zara y el librero de Bagdad (Premio Gran Angular 2008) o Todo el amor y casi toda la muerte (Premio Primavera de Novela 2010). Su última novela publicada es El silencio se mueve (SM, 2010).



La primera vez es la que no se olvida nunca. Y mi primera vez fue con esta cuadrilla de amantes de las canciones mexicanas. Quiero decir que la primera vez que oí el narcocorrido **La banda del carro rojo** fue con **Chuchín Ibáñez**. A pesar de no ser tema propio (es de Los tigres del Norte) y con pequeñas variaciones en temas idiomáticos, es un tema encantador.

Chuchín Ibáñez lleva toda una vida interpretando temas mexicanos. Desde niño en el Duo Gala Junior, hasta las distintas bandas que recorren Navarra interpretando rancheras y corridos. En el presente disco, tomando prestados temas de humor herederos de Los Huajalotes, temas clásicos y con las colaboraciones de Fito, Iñaki Uoho y Tonino Carotone, señores, humor, millones y chamacas... los reyes del tex-mex: **Chuchín Ibáñez y los Chihuahua**.

¿Tienes alguna canción criminal que quieras dedicar? Envíanos la letra a contacto@punto38.es y la pondremos en horario de máxima audiencia.



Chuchín Ibáñez

Nací en Miranda de Arga (Navarra), en el N° 29 de La calle Baja, un 30 de marzo de 1967, en el seno de una familia de 4 hermanos.

En el mundo de la música me inicié siendo muy niño, siendo mi estilo musical siempre la música mejicana, ya que con 7 años y ataviado con mi primer traje de charro, canté en el día del niño de las fiestas patronales de mi pueblo.

En 1978 de la mano de Jesús Fernández, fundador del Dúo Gala, entro a formar parte del denominado Dúo Gala Junior, junto al oscense Jaime Gómez Puyuelo.

En esta época acompañamos al Dúo Gala, en sus grandes giras nacionales e internacionales, compartiendo escenario con las primeras figuras

La banda del carro rojo

Dicen que venían del sur
en un coche colorao.
Traían cien kilos de coca,
iban con rumbo a Chicago,
así lo dijo el soplón
que los había denunciado

Ya habían pasado la aduana
esa que está por El Paso,
pero en Las Cruces los riders
los estaban esperando
eran los riders de Texas
que comandan el condado.

Una sirena lloraba
y el sargento les gritaba
que detuvieran el coche
para que lo registraran,
y que no se resistieran
porque si no los mataban.

Rugió un M-16
cuando iba raspando el aire
y el faro de una patrulla
se vio volar por los aires.
Así empezó el tiroteo
que terminó en gran masacre.

Les decía Lino Quintana
esto tenía que pasar



musicales de la época, e incluso tocamos para el Presidente del Gobierno de México, López Portillo, en su visita oficial a España.

En 1999, tras abandonar el fútbol, (donde había llegado a jugar en categorías nacionales, selección Navarra y retirándome en mi equipo del alma; el Castillo FC) hago mi primer concierto de este segundo ciclo musical, donde posteriormente explicamos el recorrido de las formaciones hasta la actualidad.

En el año 2000 nace Chuchín Ibáñez y los Chihuahua, con Jesús Tápez como resultante de la antigua formación, Patxi Garro, Joaquín Taboada, Santi Elizalde y Aitor Ibarra “Jalisko”.

En los diversos cambios de músicos, por los Chihuahua, pasaron también Pitxi Marco, Iñaki Ainzua, Montxo Etxeberría y Txema Molina.

Fuente: Web de Chuchín Ibáñez

mis compañeros se han muerto
ya no podrán declarar,
y yo lo siento sheriff
porque yo no sé cantar.

Solo las cruces quedaron
de los siete que murieron,
cuatro eran del coche rojo
los otros tres del gobierno.
Por ellos no se preocupen
irán con Lino al infierno.

Dicen que eran del Candil,
otros que eran del Altar,
hasta por ahí se oyen voces
que procedían del Parral.
La verdad nunca se supo,
nadie los fue a reclamar



“La novela negra describe un mundo en el que nadie puede caminar tranquilo por una calle oscura, porque la ley y el orden son cosas sobre las cuales hablamos, pero que nos abstenemos de practicar. No es extraño que un hombre sea asesinado, pero a veces resulta extraño que lo asesinen por tan poca cosa y que su muerte sea el sello de lo que llamamos civilización”

Raymond Chandler

“Me gusta ser detective privado. Ciertamente, tiene sus inconvenientes, me han dejado más de una vez las encías hechas papilla, pero el dulce aroma de los billetes de banco tiene también sus ventajas. Nada que ver con las mujeres, que son una preocupación menor para mí y que coloco, en mi escala de valores, justo antes de respirar.”

Para acabar con las novelas policíacas, de Woody Allen

“La fea pobreza del Barrio Chino tenía pátina de historia. No se parecía en nada a la fea pobreza prefabricada por especuladores prefabricados prefabricadores de barrios prefabricados. Es preferible que la pobreza sea sórdida y no mediocre.”

Los mares del sur, de Manuel Vázquez Montalbán



“Hay cierta armonía en el delito de ciudades como Buenos Aires, es una buena vieja orquesta sin genios pero en la que nadie desafina, hasta los adolescentes son veteranos de una guerra de acá a la vuelta que no estudian los manuales militares, han crecido en los basurales humanos de la ciudad, recibieron las primeras palizas antes de aprender a caminar solos, saben que no podrán evitar las felonías que los mantienen con vida, que solo se arrepentirían de no haber matado”

Ciudad santa, de Guillermo Orsi

“...muchas veces la realidad del crimen carece del halo de fantasía y de misterio con que se le rodea y que constituye precisamente uno de sus atractivos.”

Salvador Vázquez de Parga

“Escribía mentiras en lugar de verdades y verdades en lugar de mentiras, creyendomelo todo.

Follaba con mujeres que no amaba y a la que amé, la jodí para siempre.”

1974, de David Peace



Matarratos Hispano .38 (MR hispano number two)

Volvemos de nuevo con el matarratos hispano. Pero ahora para saber si llevamos al día lo que se publica en castellano y conocemos a distintos autores y sus obras. Alguno ha pasado ya por las páginas de .38, incluso colabora habitualmente. Para ello deberás responder con exactitud a las preguntas siguientes:

1. ¿Quién ha escrito la novela Los días de mercurio (La iniquidad II)?
2. Dime el nombre del autor de la excelente novela El humo en la botella?
3. ¿Cómo se llama el autor de Pájaros sin alas?
4. El autor de la novela Marea de sangre es...

El lector que acierte todas las preguntas (ya sabéis que si hay varios, se sortea) recibirá por correo electrónico o postal, un espléndido regalo dedicado por .38 (lo más seguro, un libro).

Atención, tus respuestas (y/o datos extraordinarios que conozcáis), a la dirección electrónica: matarratos@punto38.es

Solución al Matarratos de la Revista .38 (MR 38 hispano number one)

Muy pocas respuestas esta vez. Que no conocemos a los clásicos hispanos. ¡Ay, ay, ay!

Realizado el sorteo entre los acertantes, el premio irá a manos de:

IZASKUN ETXABARRI

¡Enhorabuena! Nos pondremos en contacto contigo.

Las respuestas al anterior Matarratos son:

1. ¿Cómo se llama el personaje al que dedicó una miniserie de 5 novelas?

R: Novoa, protagonista de Mi nombre es Novoa, Tirar al vuelo, Llámala Siboney, Doña Lola y ¿Y a ti dónde te entierro, hermano?

2. Dime el nombre de, al menos dos premios que ha alcanzado Julián Ibáñez.



R: Por lo menos ha ganado el premio L'H Confidencial 2009, el Rejadorada de novela breve 2007 y el I premio Moriarty 1983.

3. Y ahora la más difícil. Julián Ibáñez sale como personaje secundario en una novela del antiguo guionista de Sir Tim O'Theo. ¿Cómo se titula esta novela?

R: El blues de una sola baldosa, de Andreu Martin

Jokin Ibáñez es un aficionado a la novela negra desde que fue detenido, durante el pasado siglo, en Sopelana (Bizkaia) por el Agente de la Continental, al que no quiso decir su nombre. Por ello, desde entonces se encuentra arrestado en el género negro y no puede salir.



De vez en cuando conviene ponerse a resguardo de los auténticos chaparrones de novedades editoriales que nos suelen caer y echar la vista atrás para recordar a esos pioneros del género criminal a los que, en la actualidad, solamente se puede encontrar en tenderetes de mercadillos callejeros y rastrillos benéficos. Nombres como Peter Cheyney, Richard Ellington, Anthony Gilbert o Ngaio Marsh, entre muchos otros, que merecen un hueco -aunque sea pequeño- en un lugar como .38.



Nacida en Christchurch (Nueva Zelanda) el 23 de abril de 1895, Ngaio Marsh estudió en el St. Margaret College y en la Escuela de Arte de la Universidad Christchurch. Actuó durante dos años en una compañía de teatro itinerante y dirigió posteriormente un negocio de decoración en Londres, aprovechando sus ratos libres para escribir. En 1932, de regreso en su país, dejó el manuscrito de su primera novela en manos de un agente literario. La novela se publicó en 1934 con el título de *A Man Lay Dead* (*Un hombre muerto*), y en ella presentaba a quien sería protagonista de sus 32 novelas policíacas, el inspector Roderick Alleyn. Algunas de ellas fueron editadas en castellano con títulos como *Artistas del crimen* (1938), *Empacho de lampreas* (1941), *Muerte en la lana* (1945), *Telón final* (1947), *Falso perfume* (1959), *El delfín asesino* (1966), *La última zanja* (1978) o *Photo Finish* (1980).

Autora además de seis obras de teatro, una autobiografía -*Haya y néctar de plantas* (1965)- y varios ensayos literarios, Marsh desempeñó un importante papel en el renacimiento del teatro en Nueva Zelanda -tanto profesional como aficionado- como directora, y representó varias obras de Shakespeare al tiempo que dirigía el *British Theatre Guild*, trabajo por el que se le concedió el título de Dama del Imperio Británico en 1966.

La obra de Ngaio Marsh recibió numerosos elogios por parte de la crítica de la época, fundamentalmente centrados en el protagonista de sus novelas y en la autenticidad de sus ambientes, logrando asimismo la fidelidad de un considerable número de lectores. Por la cantidad, calidad y popularidad de sus novelas, está considerada como la segunda escritora de novela policíaca después de Agatha Christie. La calidad literaria de su obra fue reconocida en una época en que la literatura criminal estaba desprestigiada como un género simplemente populista.

Todos los títulos originales de la serie Roderick Alleyn

A Man Lay Dead (1934)

Enter a Murderer (1935)

The Nursing Home Murder (1935)

Death in Ecstasy (1936)

Vintage Murder (1937)



Artists in Crime (1938)
Death in a White Tie (1938)
Overture to Death (1939)
Death at the Bar (1940)
Death of a Peer (1940). También editada como *Surfeit of Lampreys*
Death and the Dancing Footman (1941)
Colour Scheme (1943)
Died in the Wool (1944)
Final Curtain (1947)
A Wreath for Rivera (1949). También editada como *Swing, Brother, Swing*
Night at the Vulcan (1951). También editada como *Opening Night*
Spinsters in Jeopardy (1953). También editada como *The Bride of Death*
Scales of Justice (1955)
Death of a Fool (1956). También editada como *Off with His Head*
Singing in the Shrouds (1958)
False Scent (1959)
Hand in Glove (1962)
Dead Water (1963)
Killer Dolphin (1966). También editada como *Death at the Dolphin*
Clutch of Constables (1968)
When in Rome (1968)
Tied Up in Tinsel (1972)
Black As He's Painted (1974)
Last Ditch (1976)
A Grave Mistake (1978)
Photo Finish (1980)
Light Thickens (1982)

